

¡Adiós Calcuta!

Alimento para el espíritu "El testimonio de Candy, parte XVIII"



El último día en el Hogar, con Sumitra.



Saludando a la familia de la esquina del Hogar.



Roona, Candy y Momta, en el zoológico.

Caminar las calles por última vez. El caos y la basura. Calcuta es mi ciudad, mi vida durante el último año. Me subo al avión. No lloro. Porque sigo allí. Ella es una parte de mí. Para siempre.

Texto y fotos: Candy Lanusse*

Dejé allá un cachito de mi vida, un poquito de mí.

En las lágrimas que no lloré, en aquellas que sequé, en cada abrazo, en cada beso, en cada flor que me dieron, en sus regalos sencillos que rebosan cariño, mi corazón se fue partiendo y repartiendo, agrandándose aunque ello no responda a las leyes de la física. El amor nunca atiende a razones, y el de esa ciudad es tan grande, tan puro, tan bueno, que colma aún al despedirse, con un "hasta siempre" que no se sabe si es en este mundo o en el otro.

No quería despedida, no quise lágrimas, y sin embargo, con cada carita triste, reflejo de la mía, sellé lazos de amistad, de hermandad, tan fuertes y duraderos que no las lamento. Me llevo de tanta gente recuerdos imborrables que me colman la vida y el alma, que me sorprende al notar que mi corazón es más profundo, y que en él caben todavía tantos sueños más.

A las Hermanas de la Caridad

Me llevo horas de trabajo intenso, horas de "nadas" intensos también. Compartir su vida y ser parte, comer con ellas, mis herma-

nas de siempre. Oír sus penas aunque apenas pudieran contármelas, reírme con sus alegrías, intentar comprender sus problemas, sus miedos y sus sueños que quisiera yo misma poder cumplirles. Las relaciones van creciendo, conocerlas en la intimidad de sus días, formar parte de ellas. Pasó un año y ni ellas ni yo somos las mismas. Crecimos juntas, nos conocimos, nos enriquecimos, y nos fuimos acercando.

Risas, bailes, conversaciones imposibles en tres idiomas y ninguno. Compartir, compartir, compartir. Dejarlas es haber dejado a mis amigas, a mis hermanas, en un mundo que estuvo tan cerca y que físicamente se vuelve tan lejano. Dejé allí un pedazo de mi vida, de mi corazón y hasta de mi cuerpo. Me las llevé conmigo, porque ellas son parte de mi vida, de mi corazón y de mi cuerpo. Por eso seguimos juntas y ni todo el tiempo del mundo podría separarnos. Las quiero de una manera que no puede explicarse racionalmente. Nuestra relación no se basaba ni en conversaciones inteligentes, ni en programas juntas, ni en intereses comunes o vidas afines. Nada de eso existía entre nosotras. Y sin embargo nos amábamos y contábamos las unas con las otras como se hace en las verdaderas amistades. Y el amor era el amor más puro, porque no dependía de nada, más que de ser nosotras mismas y de amarnos.

A los niños

Con los chiquitos, ¡qué decir sin que se me parta el corazón todavía en más pedazos! Cómo expresar este amarles tan intenso y tan doloroso. Dejar a esos locos bajitos mientras ellos van creciendo, convirtiéndose en personitas tan especiales. Definiendo sus personalidades, despertando al mundo. Cada carita, cada momento, los tengo incrustados en el alma y quisiera que no se volvieran borrosos o confusos. Que sus risas, sus voces tan particulares, sus primeras palabras, sus modos de llamarme, su manera de jugar; todo pudiera guardarse en una cajita y con sólo abrirla saliera a borbotones esa parte de mi vida y pudiera una y mil veces volver a vivirla.

Feliz despedida

La dejé con una sonrisa y así se queda, porque Calcuta supo, por sobre todas las cosas, regalarme alegrías. La dejé para seguir volando y seguir creciendo. Porque el mundo me llama a seguir descubriéndolo, a maravillarme con sus gentes diversas y sus lugares maravillosos. No sé todavía por dónde me llevará, pero confío en Quien guía mis pasos, y me dejo llevar. 🌟

*Candy es una joven argentina que desarrolla una intensa labor humanitaria en la India desde 2005.